



¿Conoces la historia
de Santa Teresa del Niño Jesús?

...la Santa que decía:

“en el corazón de la Iglesia, yo quiero ser el amor”.

...la Santa que prometía:

“quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra”.

Nació en una familia encantadora; pero lo dejó todo
para ir al Carmelo y entregarse por completo a Jesús,

“su único amor”

¿Sabes por qué...?



editorial
Montecarmelo

Apdo. 19 - Paseo del Empecinado, 1
09080 - BURGOS - España
Tel. 34-947 25 60 61 - Fax. 34-947 25 60 62
email: editorial@montecarmelo.com

ISBN: 978-84-8353-256-0



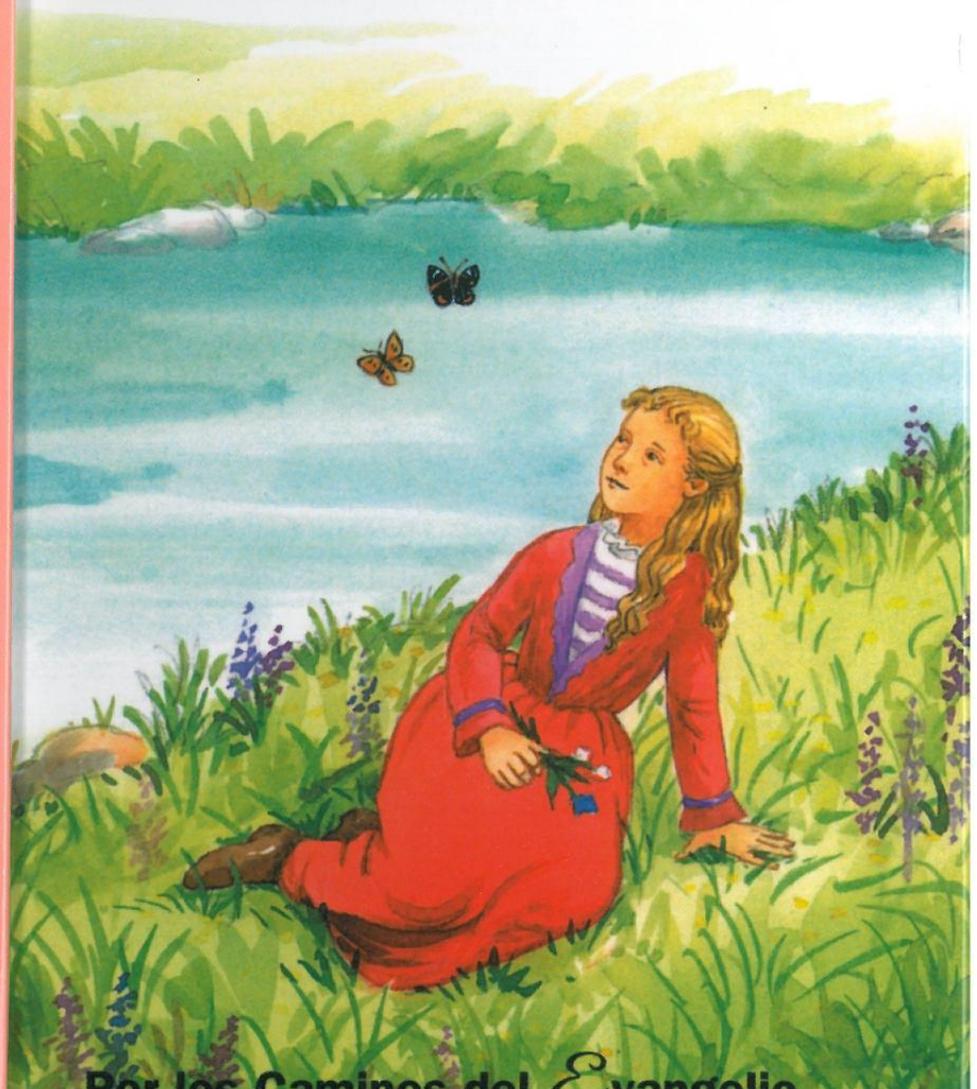
SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Por los Caminos del Evangelio

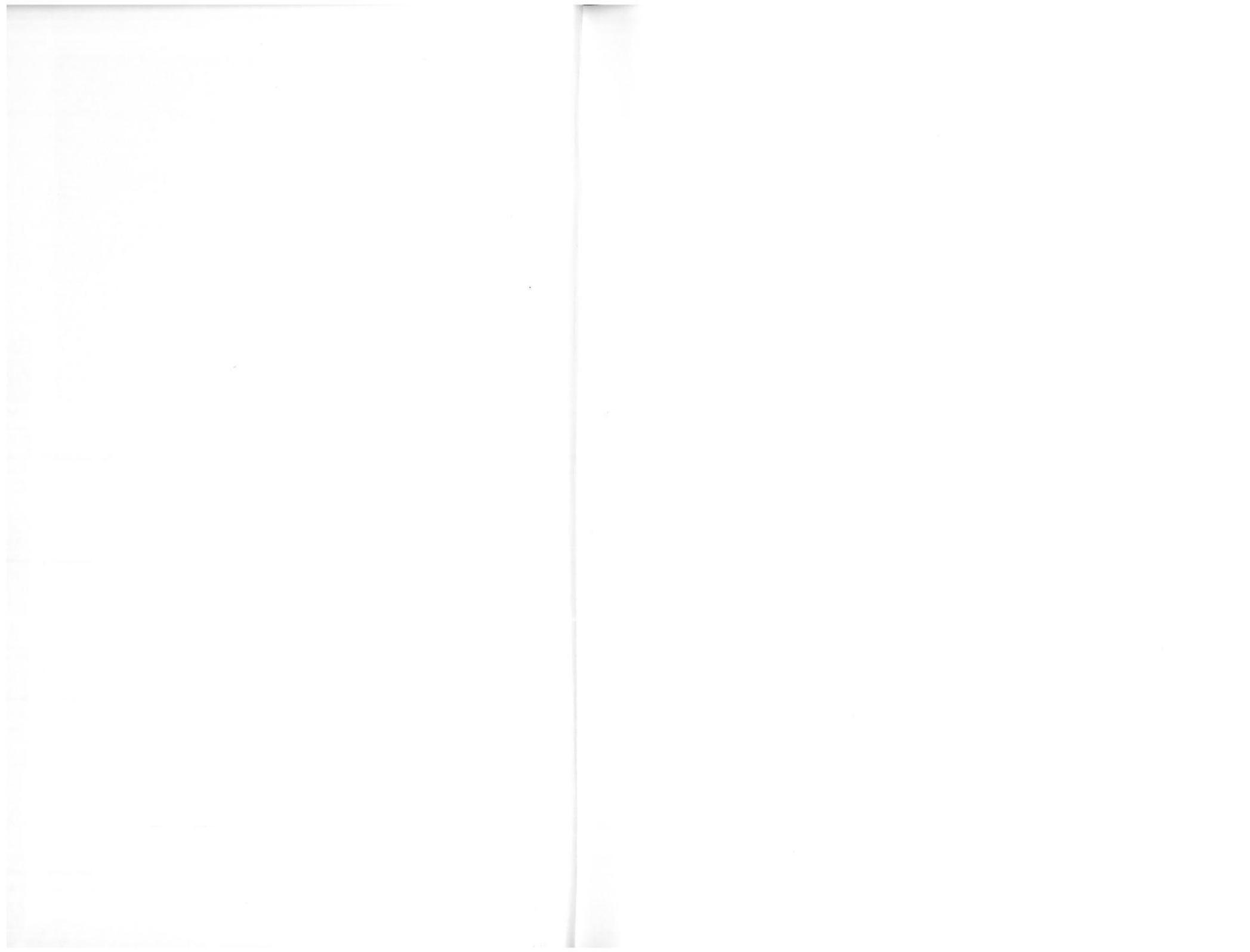
8-€

Santa Teresita del Niño Jesús

2ª Edición



Por los Caminos del Evangelio



Santa Teresita del Niño Jesús

Texto

Marie Baudouin-Croix

Ilustraciones

Andrée Bienfait

Traducción

Manuel Ordóñez Villarroel

Título original
La petite Thérèse

© Éditions du Signe - 1ª Edición 2004
B.P. 94 - 67038 Strasbourg Cedex 2 - Francia
e-mail: jose@editionsdusigne.fr
Tél.: 33 (0) 3 88 78 91 91; Fax: 33 (0) 3 88 78 91 99

Texto:
Marie Baudouin-Croix

Ilustraciones:
Andrée Bienfait

Diagramación:
La 7ª Heure

Traducción:
Manuel Ordoñez Villarroel

Coordinación editorial:
José Córdoba

© Editorial Monte Carmelo - 2ª Edición 2010
P. del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 - Burgos
Tfno.: 947 25 60 61; Fax: 947 25 60 62
<http://www.montecarmelo.com>
editorial@montecarmelo.com
I.S.B.N.: 978 - 84 - 8353 - 256 - 0
Depósito Legal: BU - 23 - 2010

Impreso en España por Monte Carmelo

Todos los derechos reservados
Prohibida su reproducción

Hoy todos admirados y disfrutamos de los avances conseguidos, por ejemplo en informática, gracias a la miniaturización de sus componentes. En un espacio reducidísimo cabe una ingente cantidad de información. Y seguimos avanzando más y más hacia lo simplificado y pequeño.

Esto en el orden material. En el espiritual, la sorpresa es mayor y consiste en que lo verdaderamente grande, sólo cabe en lo realmente pequeño. Nos lo dijo Jesús: "Si no os hicieseis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos". Y nos lo tradujo y adaptó a nuestra realidad de hoy esa joven carmelita que veneramos como Santa Teresita del Niño Jesús.

Ella partió de un principio muy lógico: Deseando amar a Jesús como los grandes santos; viéndose, sin embargo, sin fuerzas para imitarlos; y observando cómo a los niños no se les niega nada ni en las casas de los pobres, decidió sentirse siempre como niña ante Dios. Un Dios a quien demostraría su cariño lanzándole simplemente los pétalos de las mil pequeñas acciones de cada día, sólo que hechas con amor y por amor.

Así comenzó su culto a lo pequeño. Y así nos trazó su célebre "Camino de Infancia Espiritual"; ese "Caminito" por el que se han santificado millones de seguidores suyos y que le ha merecido ser nombrada recientemente "Doctora de la Iglesia".

Es ese "culto a lo pequeño" lo que, sin duda, ha inspirado este libro. Y lo que con toda seguridad le hará grande.

Pequeño es su formato, pero capaz de admitir, comprimido, todo el mensaje de esta entrañable Santita, llenándolo, además, de luz y de color.

Reducido es su texto, pero incapaz por ello de asustar; y suficiente para dejar buen gusto en sus lectores, animándolos así a leer libros más densos.

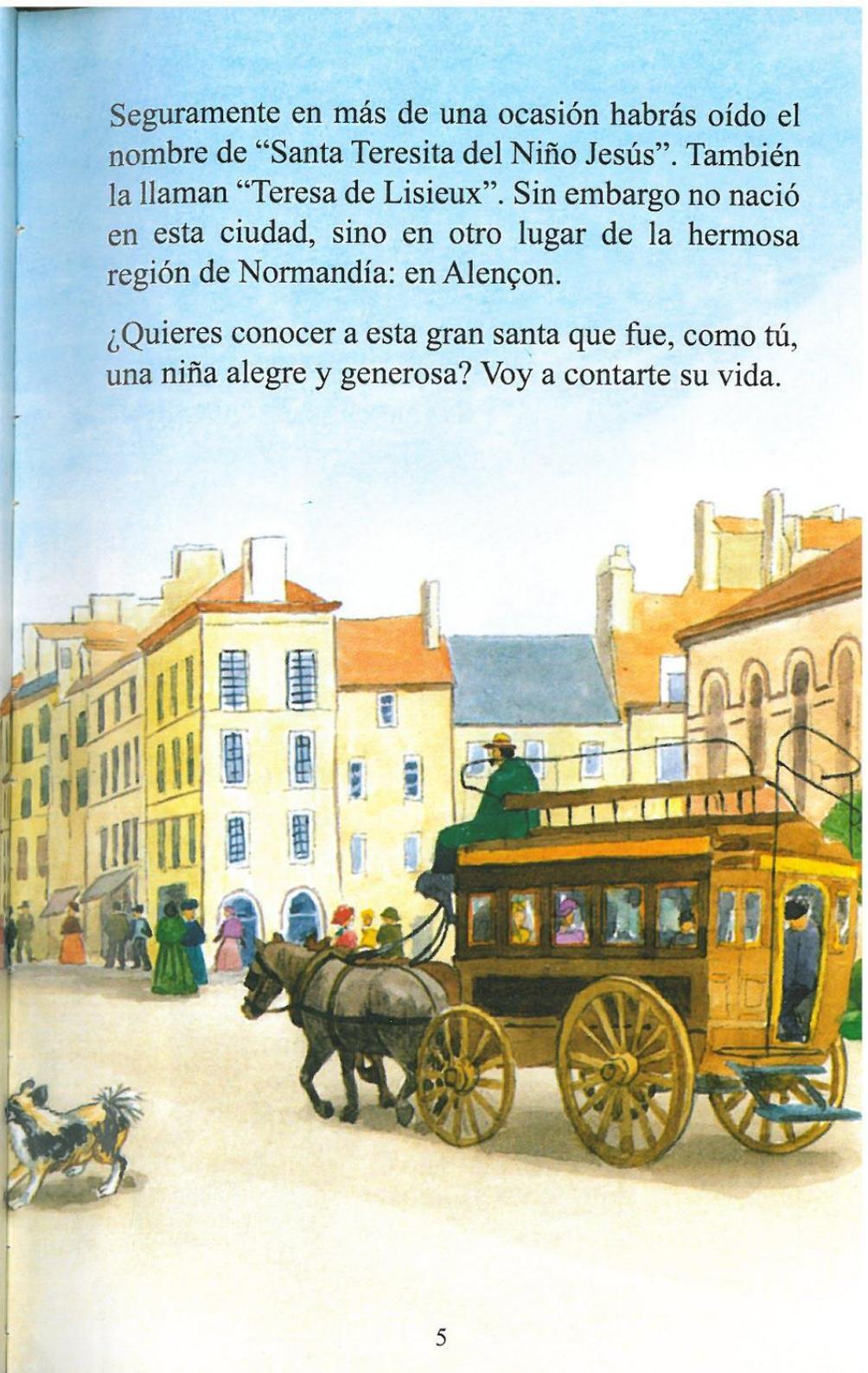
Menuda, en fin, es la gente a la que va dedicado; pero si en nuestros pequeños cae y germina esta minúscula semilla, seguro que pronto serán, con la gracia del Señor, admiradores, imitadores y seguidores de la "Santa más grande los tiempos modernos" y con ella, de Jesús.

P. Fernando Domingo, ocd.



Seguramente en más de una ocasión habrás oído el nombre de “Santa Teresita del Niño Jesús”. También la llaman “Teresa de Lisieux”. Sin embargo no nació en esta ciudad, sino en otro lugar de la hermosa región de Normandía: en Alençon.

¿Quieres conocer a esta gran santa que fue, como tú, una niña alegre y generosa? Voy a contarte su vida.



Su vida en la tierra fue muy corta. Aquel bebé, hermoso «capullo de rosa» que brotó en los mismos umbrales del año 1873, el 2 de enero, se



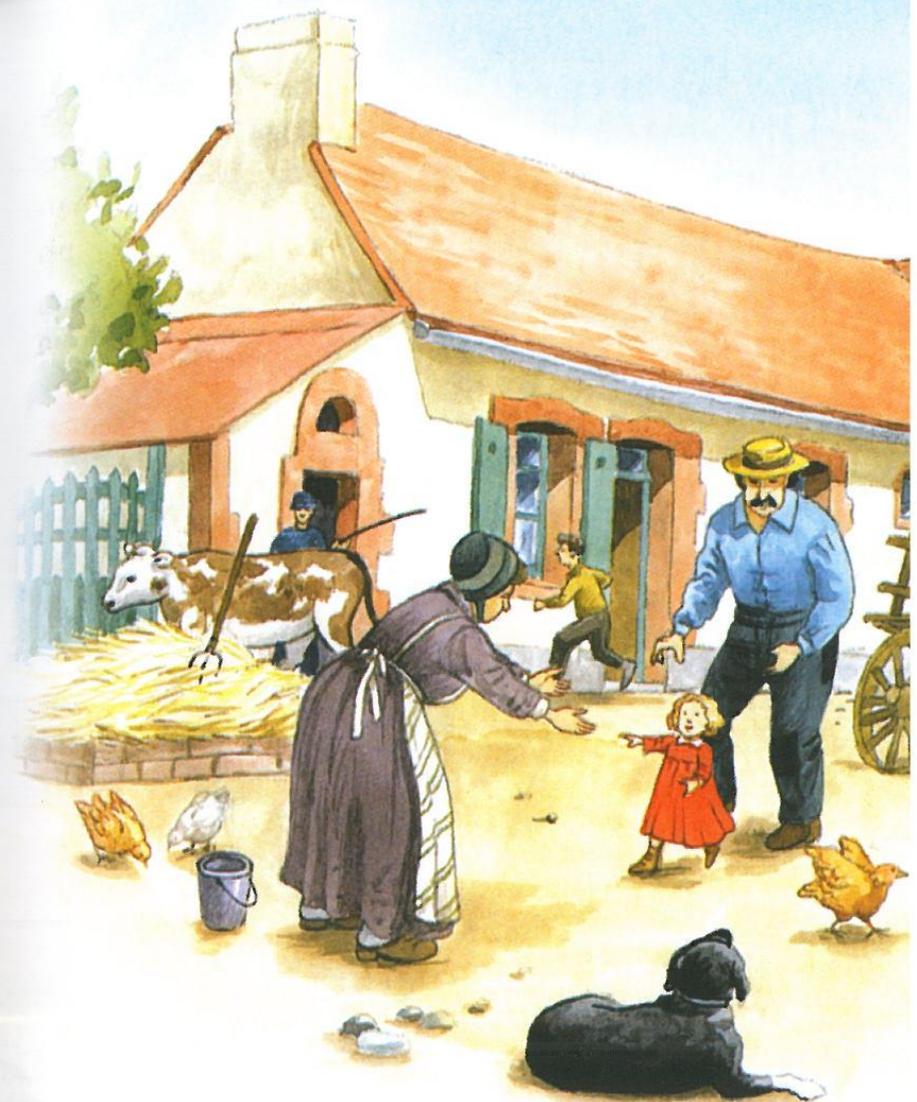
convertirá en una flor maravillosa que Dios cortará en un atardecer otoñal. Eso ocurrió hace poco más de cien años, el 30 de septiembre de 1897. Sólo tenía 24 años.



Su papá, Luis Martin, tenía una relojería-joyería, y su mamá, Celia Guérin, era una auténtica maestra en el arte de confeccionar el “punto de Alençon”. Pronto el Señor Martin vende la relojería para dedicarse al negocio de su esposa que ha montado un taller de encaje del punto de Alençon.

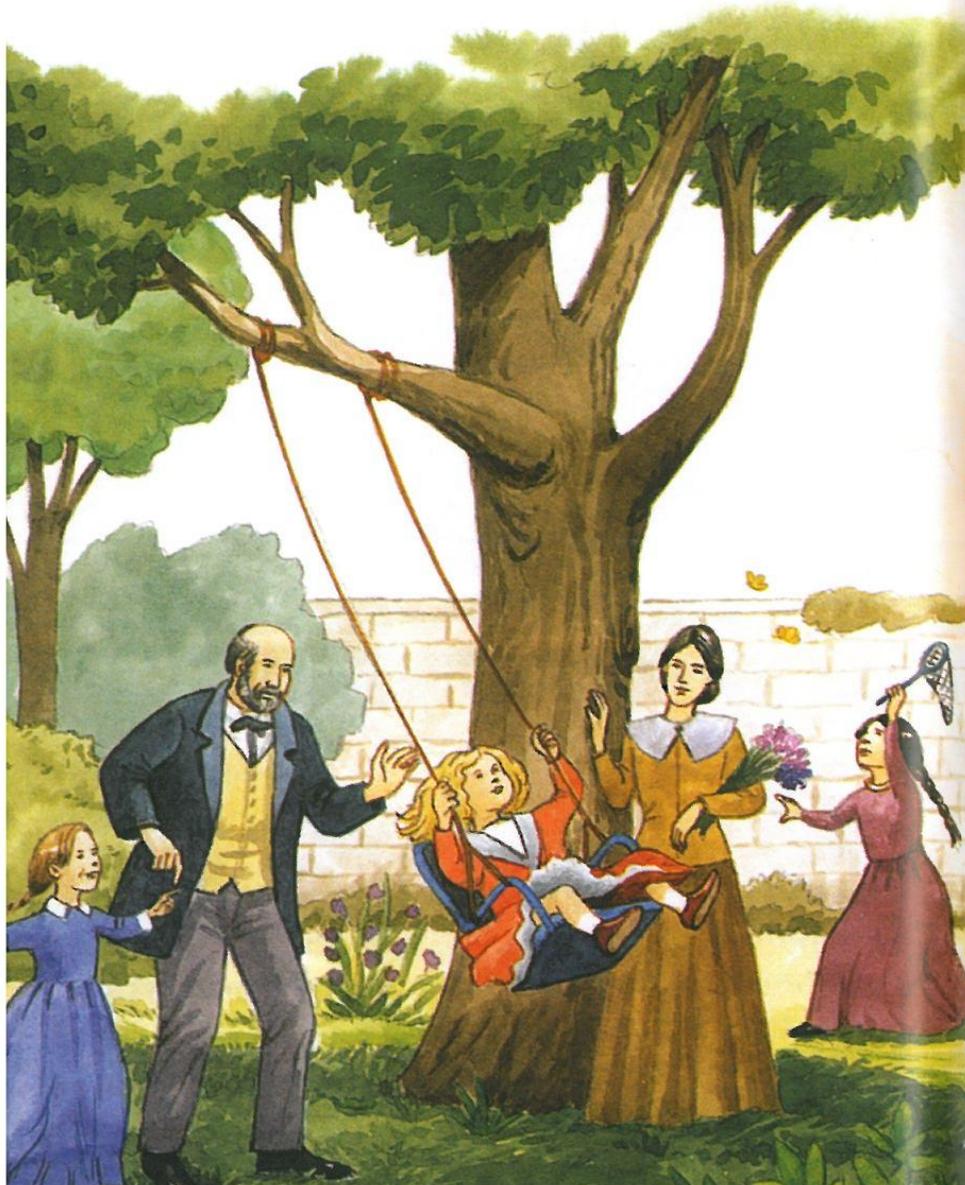


El nacimiento de Teresa provoca una auténtica explosión de alegría en sus hermanas mayores: María, Paulina, Leonia y Celina. Las cuatro se inclinan sobre la cuna de la benjamina, “preciosa como un corazón” como dice su madre. Muy pronto Teresa, con sus sonrisas, se convierte en la alegría de toda la familia.



Como la señora de Martin está agotada y no puede criarla, llevan a la niña con una nodriza, una joven granjera de allí cerca. Al cabo de un año vuelve a casa definitivamente, con gran alegría de toda la familia, con las mejillas sonrosadas por el aire tonificante de la campiña normanda.

El papá, que la llama “mi reinecita”, le monta un columpio en el jardín, y la chiquitina se divierte de lo lindo entre las risas de todos los de la casa.

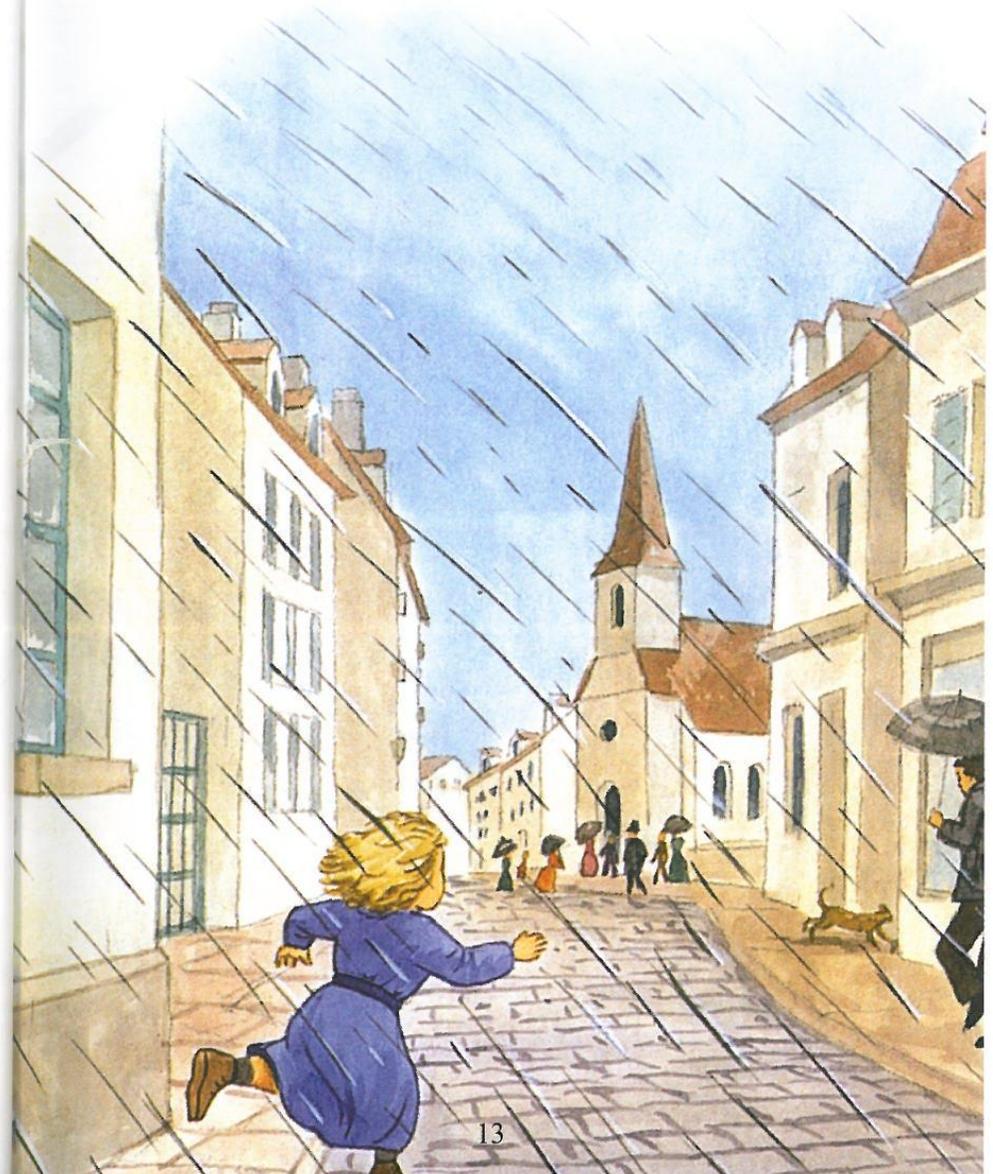


Cuando la señora de Martin escribe a sus hijas mayores, que están estudiando en un internado, les cuenta hasta los más pequeños gestos y palabras de su “diablillo” que llena la casa con sus estallidos de alegría y a veces también con sus lloros y sus rabietas. Entonces la mamá se enfada y la reprende. Poco a poco Teresita va comprendiendo que debe agradar a Jesús, como le enseñan en el hogar.



Hay que verla, dice su mamá, rezar “como un ángel”. Y cuando va a la misa con toda la familia, está muy quietecita.

Un domingo por la tarde, la familia va a la iglesia y Teresa, que está cansada por el paseo, tiene que quedarse en casa. Y se echa a llorar, exigiendo su “Misa”, y se escapa sola hacia la iglesia, a pesar de que está lloviendo.





Teresa quiere muchísimo a todos los de la casa. Cuando sube la escalera para ir al piso de arriba, a cada peldaño llama a gritos: “¡Mamá, mamá!”. Tantos peldaños, tantos “¡mamá!”. Y si la señora de Martín se olvida de contestar, Teresa no se mueve del peldaño hasta que su madre le responde. Lo mismo hace con Jesús, a quien llama en su corazón.

Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para ciertos juegos, puso en una cesta su muñeca preferida con sus vestiditos, unas cintas y retazos de tela para que jugaran sus hermanas menores. Teresa coge enseguida la cesta y exclama: “¡Yo escojo todo!”.

Mucho más tarde Teresa se acordará de ese gesto infantil. Aquellas palabras resumen muy bien toda su vida. Le gusta decirle a Dios: “Yo escogo todo lo que tú quieres”. Sí, desde su niñez, Teresa no quiere negarle nada a Jesús.





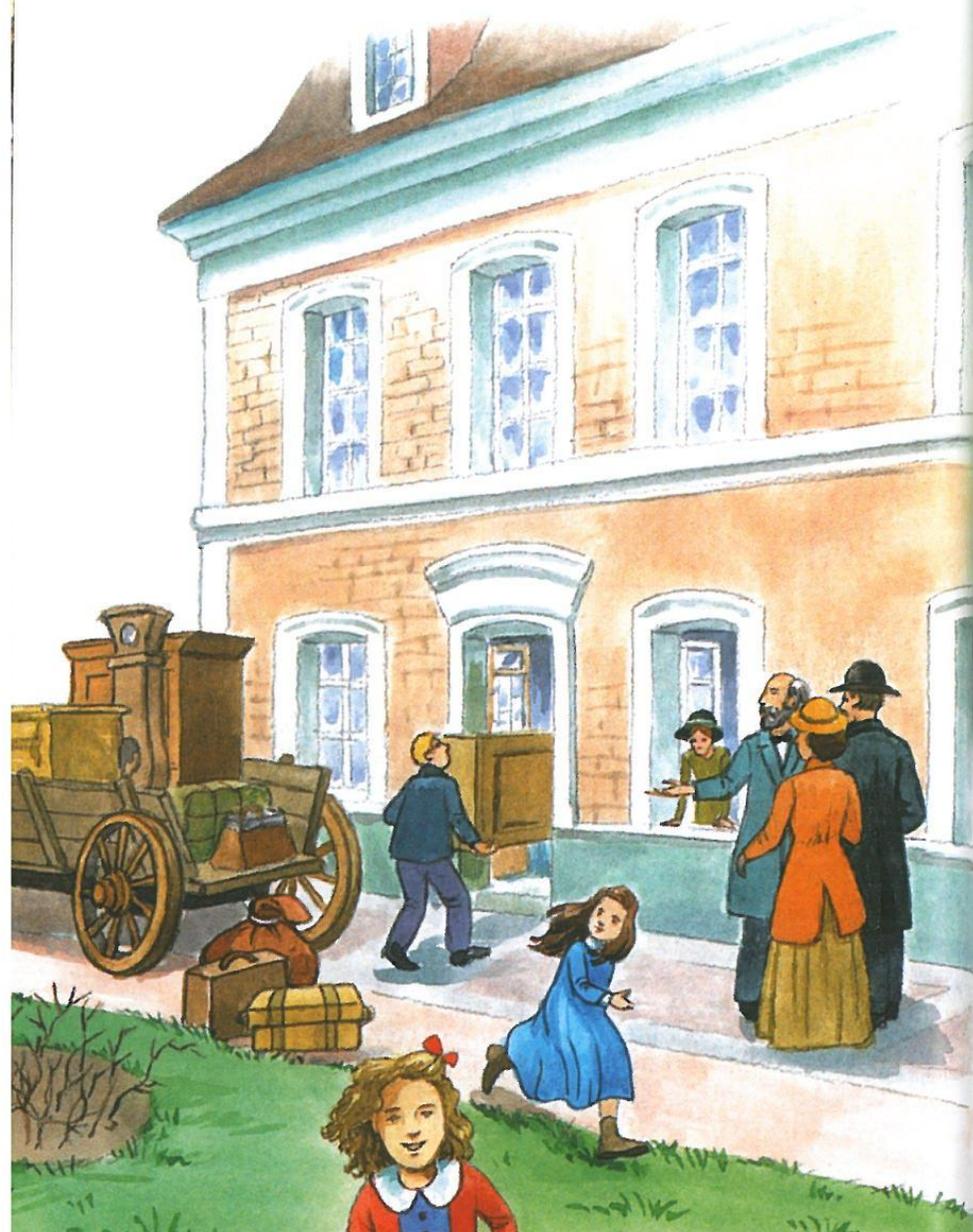
Teresita, auténtico “rayo de sol” de la familia Martin, escribirá años más tarde: “Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Quería mucho a papá y a mamá, y les demostraba de mil maneras mi cariño, pues era muy efusiva”.

Pero toda esa felicidad juvenil se va a venir abajo de repente, pues la señora de Martin, debilitada por la enfermedad, muere en agosto de 1877. Las cinco hijas quedan desamparadas. Teresa, que sólo tiene 4 años, se echa en brazos de Paulina para que sea su “segunda madre”.

Ya puedes imaginar que la vida de Teresa va a cambiar, pues nadie puede sustituir realmente a una madre.



En noviembre de 1877, toda la familia se va de Alençon y se establece en Lisieux. Aquí viven los tíos Guérin con sus dos hijas, Juana de 9 años y María de 7.



Y allí, Teresa jugará y correteará con Celina y sus primas en el gran jardín de los Buissonnets, una preciosa casa en la parte alta de Lisieux.

Me gustaría que algún día pudieras visitar esa casa, como lo hacen los miles de peregrinos que van allí de todo el mundo, felices de conocer los lugares donde vivió su Teresita.

En enero de 1878, Leonia y Celina ingresan en el internado de Nuestra Señora del Prado, al que van ya sus dos primas. Teresa se queda sola en casa con Paulina, que le da clases.

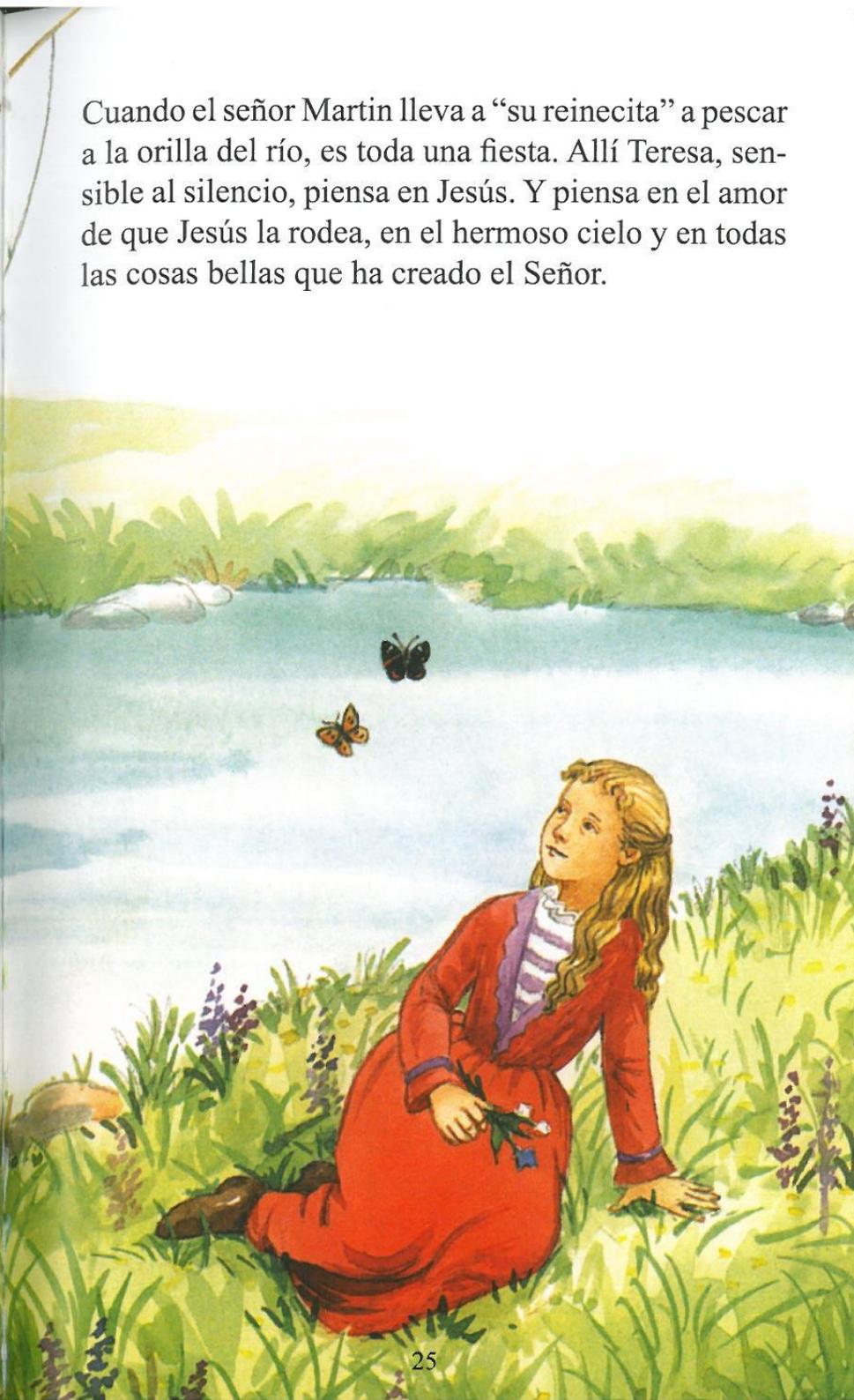


Un día, el señor Martín le regala a Teresa un perro. Le pone de nombre Tom. Y Tom se convierte en su compañero y comparte sus juegos. El papá, siempre que puede, se une a ellos. A ella y a su papá les gusta caminar, cogidos de la mano, o entrar en una iglesia para saludar a Jesús.





Cuando el señor Martin lleva a “su reinecita” a pescar a la orilla del río, es toda una fiesta. Allí Teresa, sensible al silencio, piensa en Jesús. Y piensa en el amor de que Jesús la rodea, en el hermoso cielo y en todas las cosas bellas que ha creado el Señor.



Después de cenar, el padre y sus cinco hijas se quedan un buen rato juntos en el comedor. ¡Qué momentos más felices! Las partidas de damas son animadas. Cantan, cuentan historias, recitan poemas y se ríen a placer. La velada concluye con una oración ante la estatua de la Virgen.

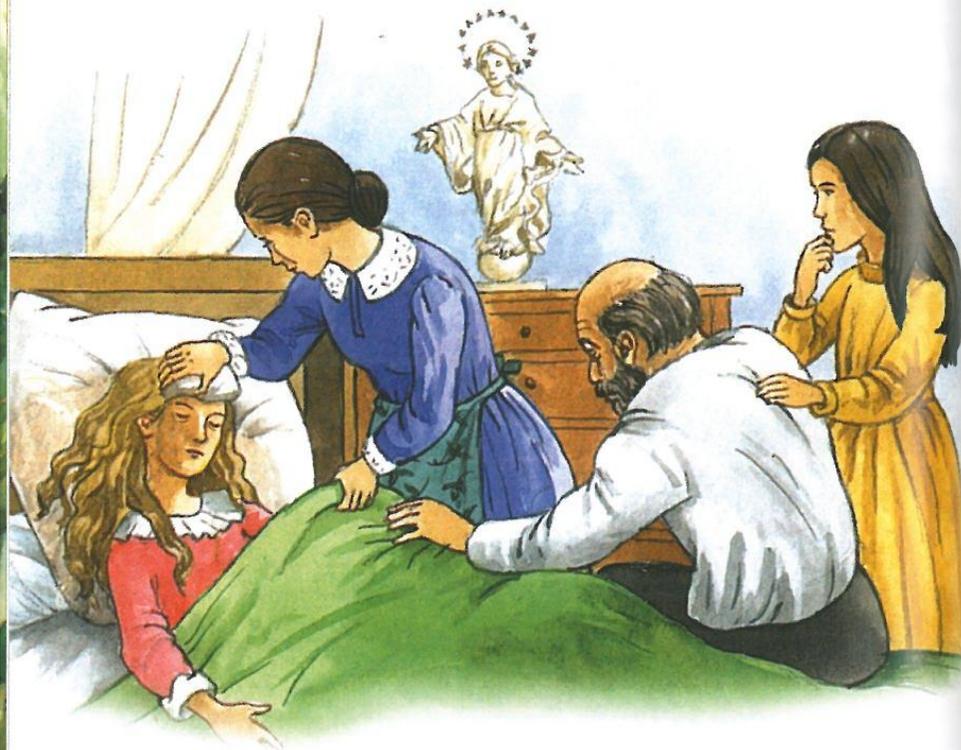


Seguro que también a ti te gustan esos momentos de alegría en que todos pueden hablar y reír a gusto.



En 1881, Teresa ingresa por primera vez en el internado con Celina. Allí sufrirá los celos de otras alumnas porque, con la buena instrucción que le había dado Paulina, saca muy buenas notas en todas las materias a pesar de ser la más joven de la clase. Tanto es así, que Teresa dirá más tarde: “Los cinco años que pasé en el internado fueron los más tristes de mi vida.”

Un año más tarde, Teresa cae enferma a causa de otro gran disgusto. Paulina, que había sido para ella una verdadera “madrecita”, abandona el hogar para entrar en el Carmelo de Lisieux. Para Teresa, fue un golpe muy duro. Tiene dolores de cabeza y sufre pérdidas de conocimiento. La familia no sabe qué hacer a la cabecera de su cama.



El día de Pentecostés de 1883 -Teresa tiene 10 años-, la estatua de la Virgen, colocada al lado de su cama, le sonríe, y, -¡milagro!- Teresa queda curada.



Así recuerda tu amiguita aquel hecho: “De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen. En aquel momento, todas mis penas se disiparon”.

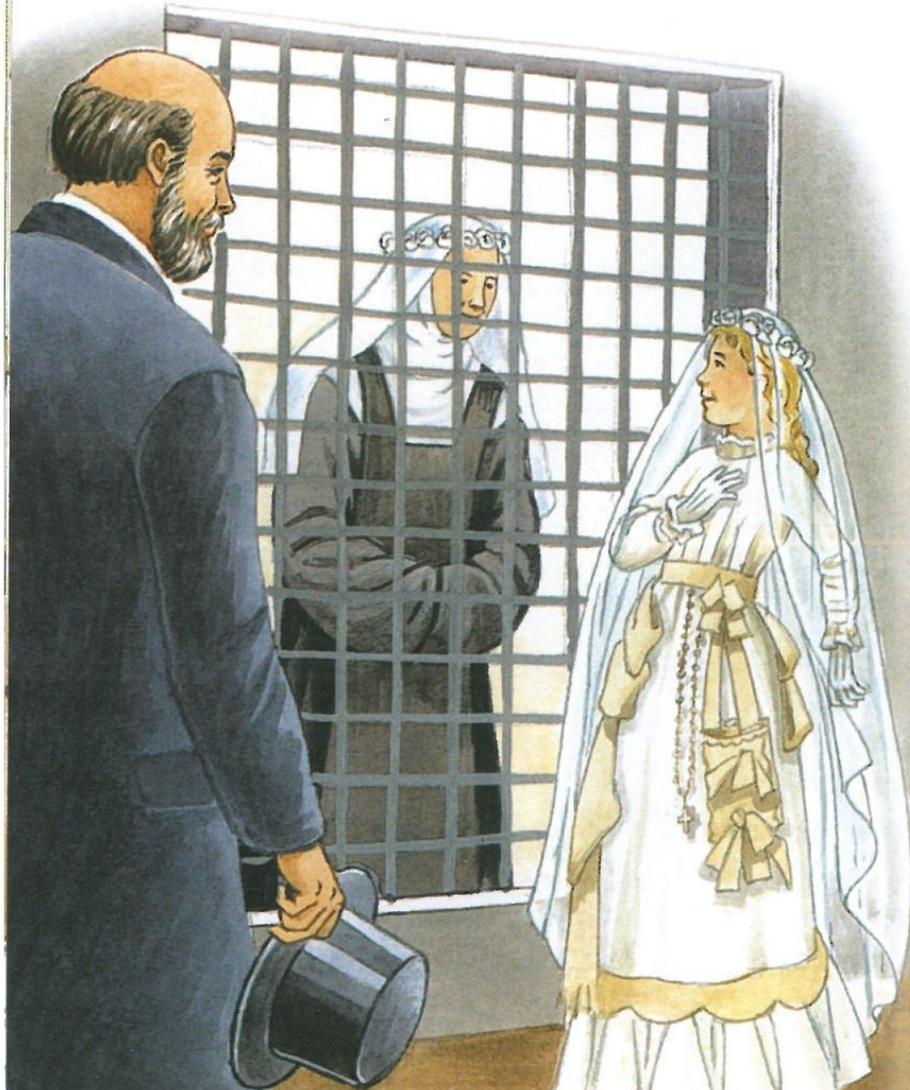
Teresa recobra rápidamente su vivacidad. Un año después, el 8 de mayo de 1884, fue el hermoso día de su primera comunión, para la que se había preparado con la oración y con pequeños esfuerzos de buena voluntad.



Acerca de ese día, Teresa escribirá: “¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de amor. Me sentía amada, y decía a mi vez: Te amo y me entrego a tí para siempre”.



Aquel día fue doblemente feliz, pues, en el Carmelo, Paulina hizo los votos tomando el nombre de sor Inés de Jesús. Teresa, toda de blanco con el traje de primera comunión, acompaña a su padre y a sus hermanas al locutorio del Carmelo. Su mamá, desde el cielo, debió de sonreír al ver juntas a sus dos hijas, una de primera comunión y la otra como esposa de Jesús.



Como te sucede también a ti, tras los acontecimientos felices, la vida sigue su curso, y a veces es monótona. Vuelve el tiempo del estudio, con las clases y los deberes, y Teresa se aplica a ellos pues le gusta aprender.

Y llegan los meses felices de las vacaciones, que con frecuencia pasa a la orilla del mar, en Trouville, con sus tíos y sus primas, los Guérin, que alquilan allí un chalecito. El mar inmenso, la tibia arena, los juegos..., ¡qué felicidad para Teresita!



En la noche de Navidad de 1886, después de la Misa de Gallo, Teresa sorprende un comentario de su padre en el que se extraña de que a los 14 años siga siendo tan niña. El comentario le duele y, como siempre, está a punto de echarse a llorar.

Y es que, desde la muerte de su madre, Teresa se ha vuelto extremadamente sensible y llora por cualquier nadería. Además, en octubre de 1886 su hermana mayor, María, ha entrado también en el Carmelo de Lisieux. Y el corazón de la benjamina ha vuelto a desgarrarse con esa nueva partida.



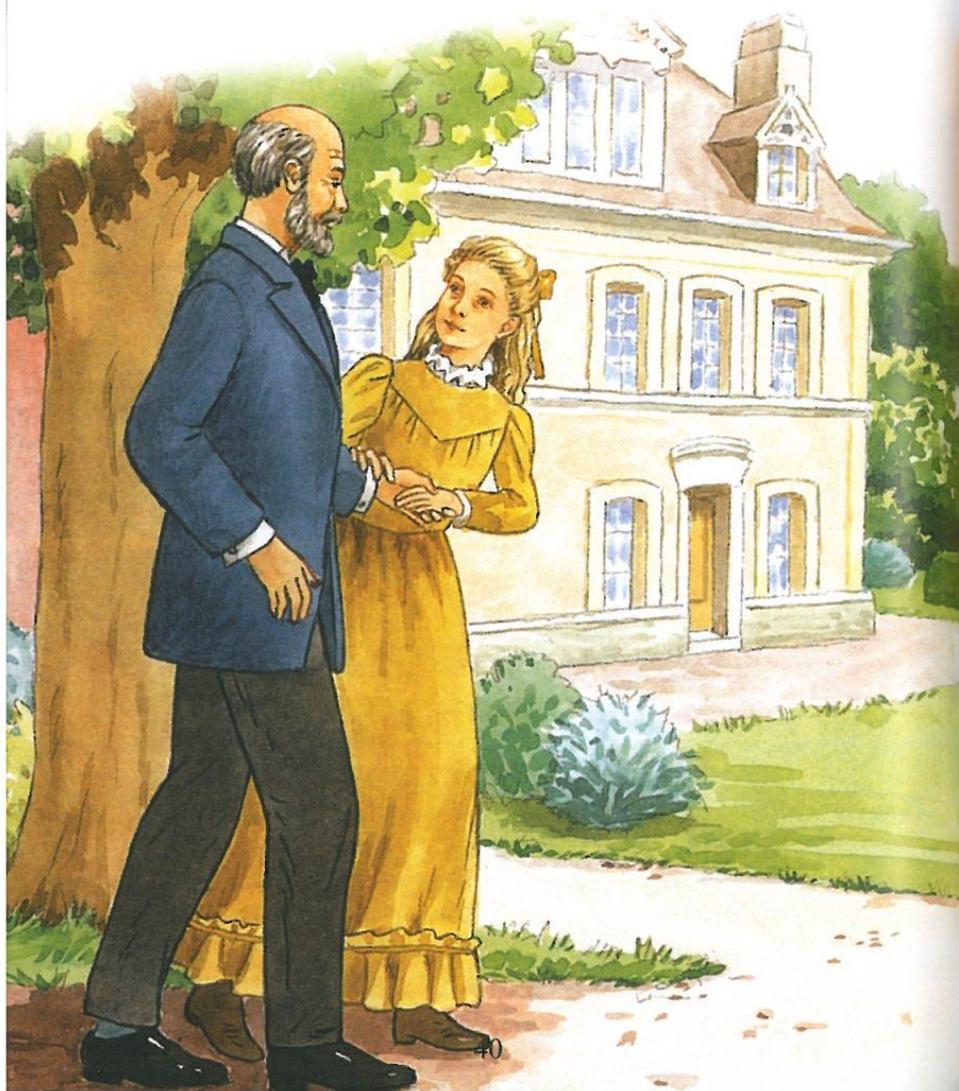
Pero en un instante Jesús cambia su corazón. Teresa se acerca y abre feliz los regalos. Más tarde, escribirá: “Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la conservaría ya para siempre...”.

“Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos... Sentí que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!”.

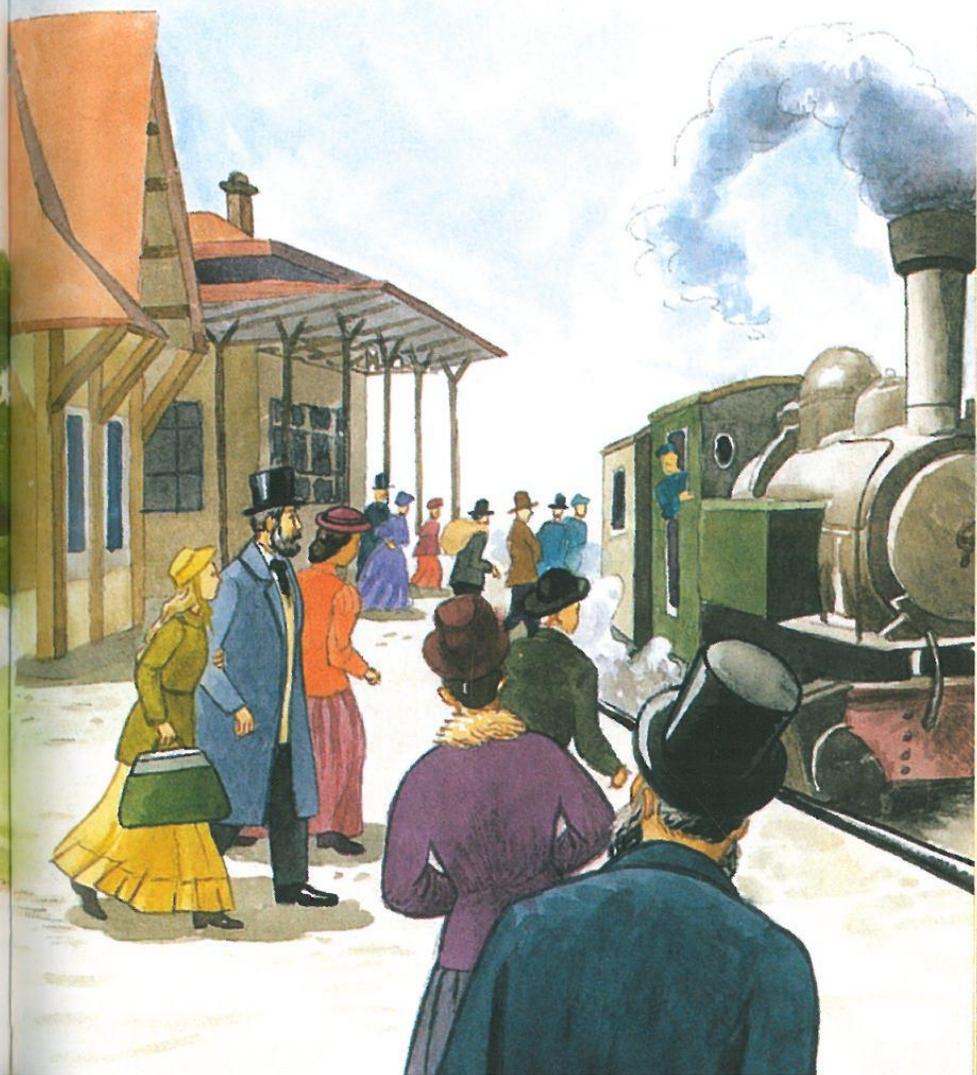
Teresa comenzará así una “carrera de guigante”...



También Teresa quiere hacerse carmelita para entregar toda su vida a Jesús. Pide permiso a su padre para entrar en el Carmelo, a pesar de su corta edad. El señor Martin, aunque con dolor, acepta la decisión de su hija. Pero no ocurre lo mismo con su tío Guérin, ni con el capellán del Carmelo, ni tampoco con el obispo, que le niegan el permiso y le aconsejan que espere con paciencia.



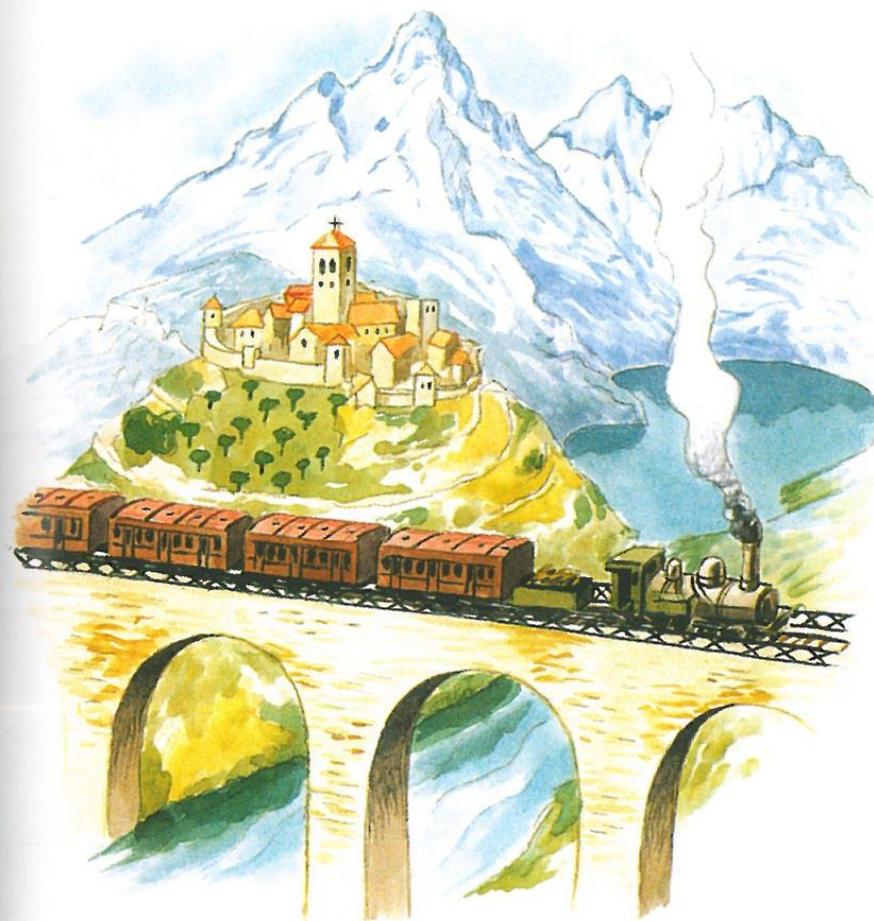
El señor Martin se había apuntado con sus dos hijas pequeñas, Celina y Teresa, para un viaje a Roma. Teresa, que no retrocede ante nada, aprovecha esa peregrinación para intentar conseguir del papa permiso para entrar en el Carmelo a los 15 años.



Durante la audiencia en el Vaticano, Teresa, arrodillada a los pies del papa León XIII, se atreve a hablarle. Pero resulta un fracaso. El Santo Padre le responde: "Vamos..., vamos..., si Dios lo quiere entrarás". Para Teresita es un golpe muy duro.



Los peregrinos regresan a Normandía tras haber contemplado las maravillas de la naturaleza y del arte en Italia, Suiza y Francia.



Pero Teresa suspira por otras maravillas. Su padre le propone incluso hacer un viaje a Jerusalén, pero Teresa le dice que no, pues lo que ella busca es la paz del Carmelo.

Por fin llega el consentimiento del obispo para que Teresa entre en el Carmelo. Pero ahora es la priora quien retrasa ese momento tan esperado. Nueva prueba para Teresa, que tiene prisa por ser toda de Jesús en el gran silencio del convento.

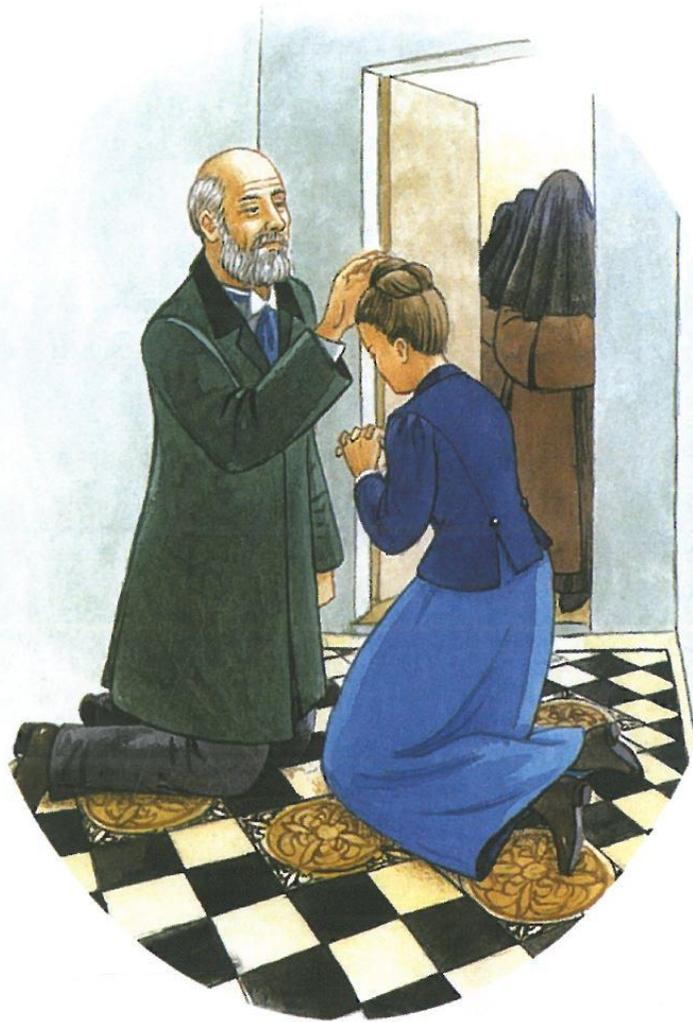


Y Teresa aprovecha ese retraso para preparar su corazón para una vida de ofrenda, buscando los pequeños esfuerzos del día a día. Contiene las palabras de réplica, realiza con la sonrisa en los labios las tareas desagradables, aceptando todas esas pequeñas ocasiones de agradar a Dios.



Finalmente, el 9 de abril de 1888 Teresita entra en el Carmelo y toma el nombre de “Teresa del Niño Jesús”. Deja sus Buissonnets queridos, esa dulce casa de su infancia que ya no volverá a ver. Abraza con ternura a todos sus seres queridos y hace una última caricia a su querido Tom.

Arrodillada ante su padre, recibe su bendición. Y él se arrodilla también, emocionado, para dársela entre sollozos. Finalmente, Teresa entra en la clausura...



Acompañada por la priora, va descubriendo el interior del Carmelo, diciéndose, llena de alegría, que va a estar allí para siempre. Y empieza la vida de oración y de soledad con que tanto ha soñado. Pero no se hace ninguna ilusión cuando sus primeros pasos en el Carmelo encuentran más espinas que rosas... Acepta las dificultades, ofreciéndoselas a Jesús.





En el Carmelo de Lisieux, Teresa vuelve a encontrarse con sus dos hermanas mayores, María y Paulina. Pero no quiere que eso sea motivo para reiniciar con ellas una vida de familia que alivie la soledad. Observa la ley del silencio, y hasta en la recreación se priva de la dulzura de hablar más con sus hermanas de sangre que con las demás compañeras.

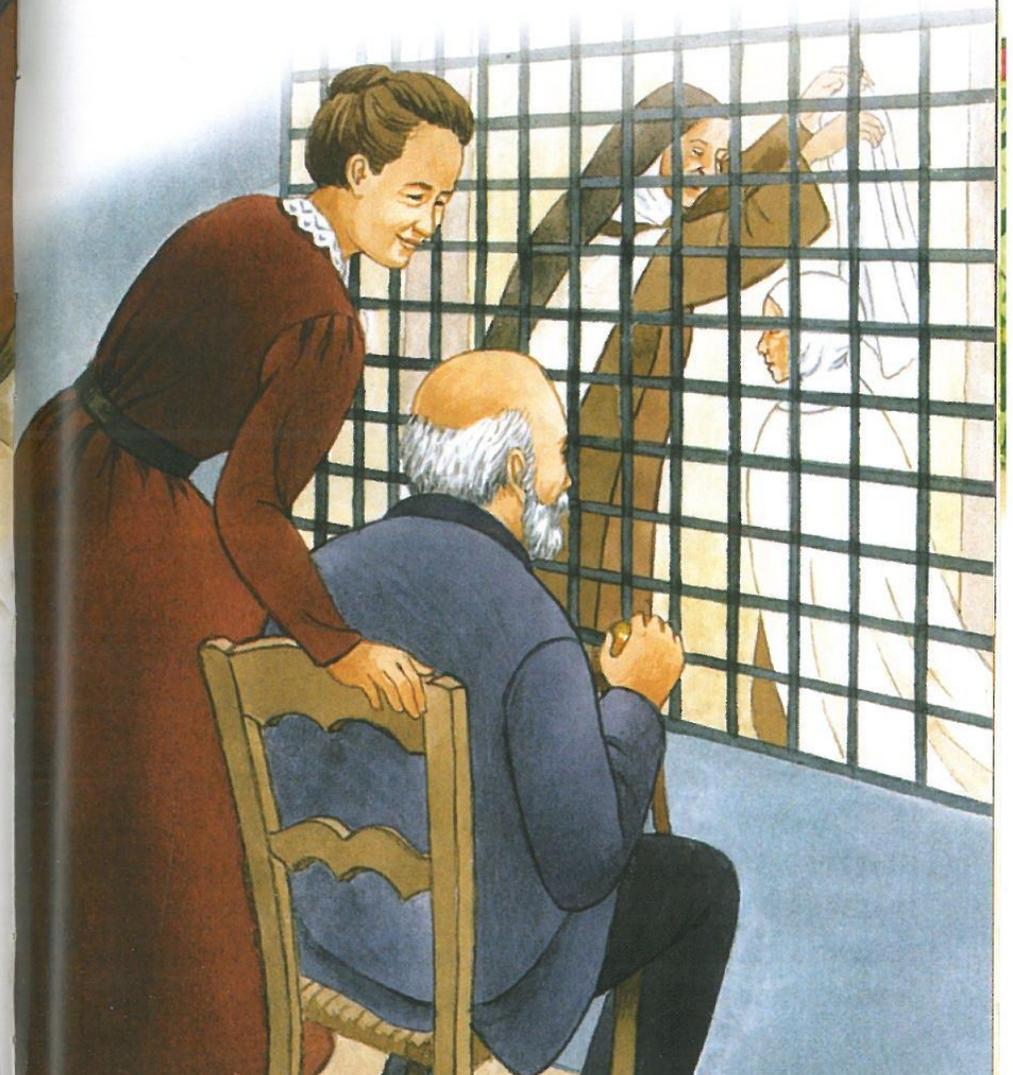
La Priora es muy severa con Teresa, pues conoce los grandes valores de esta jovencita y quiere hacer de ella un alma fuerte. Los comentarios malintencionados de algunas hermanas la humillan, pero Teresa lo acepta todo por el Señor. Y hasta se ofrece para ayudar a una hermana de temperamento difícil.

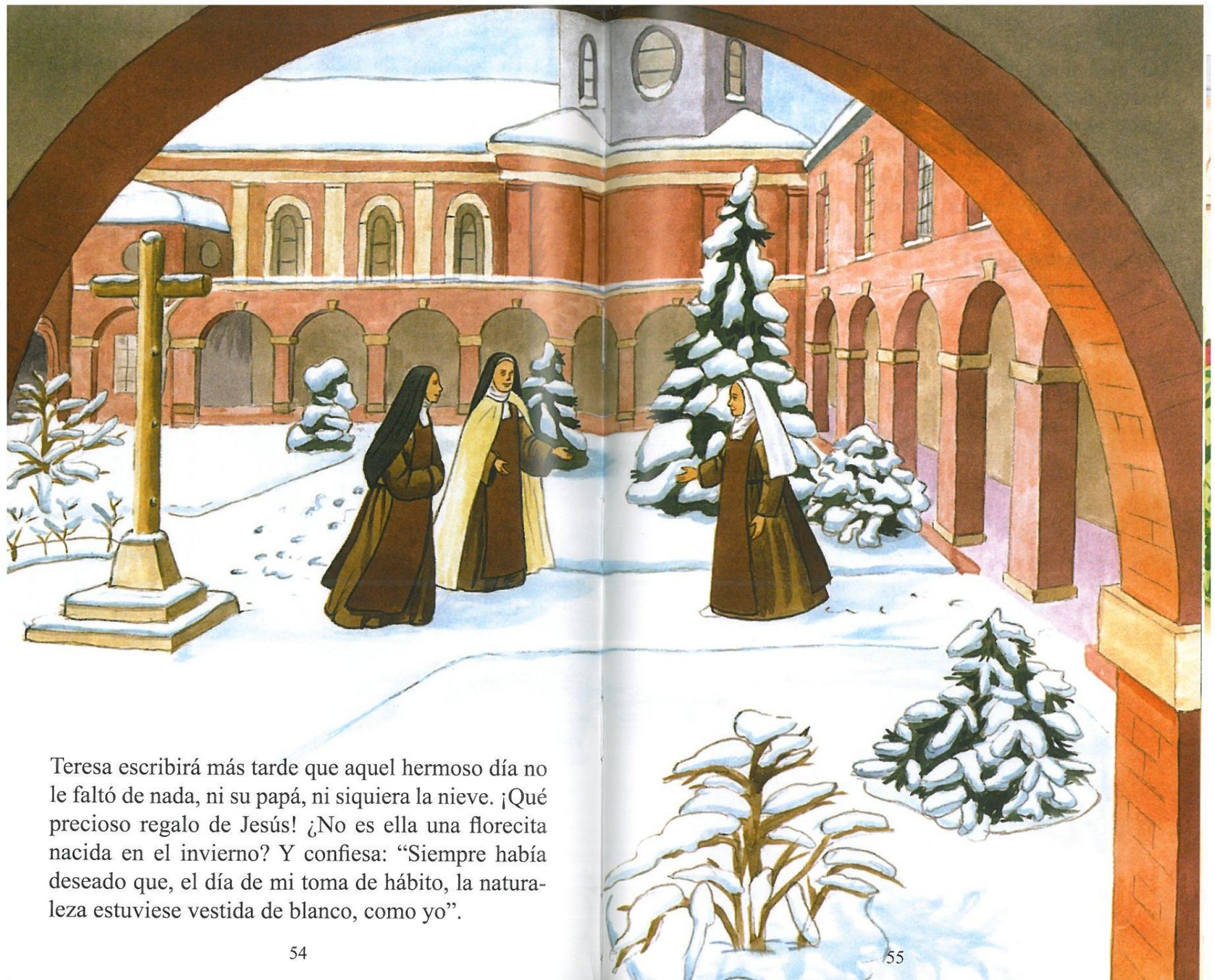




Como puedes imaginarte, en una comunidad de 20 personas se dan muchas diferencias de temperamento, y a veces se producen choques entre las personas. Teresa nunca replica. Acepta todo tipo de indirectas o de pullas, con el corazón en paz, para agradecer a Jesús.

El 10 de enero de 1889, Teresa recibe el hábito de carmelita y el velo blanco. A su nombre de “Teresa del Niño Jesús” le añade el de “la Santa Faz”, pues el rostro dolorido de Jesús la atrae más que ninguna otra cosa. Quiere honrar a Jesús en el pesebre y en la cruz. También Teresa tiene su cruz: su papá ha sufrido varios ataques cerebrales, pero a pesar de todo puede venir a verla.



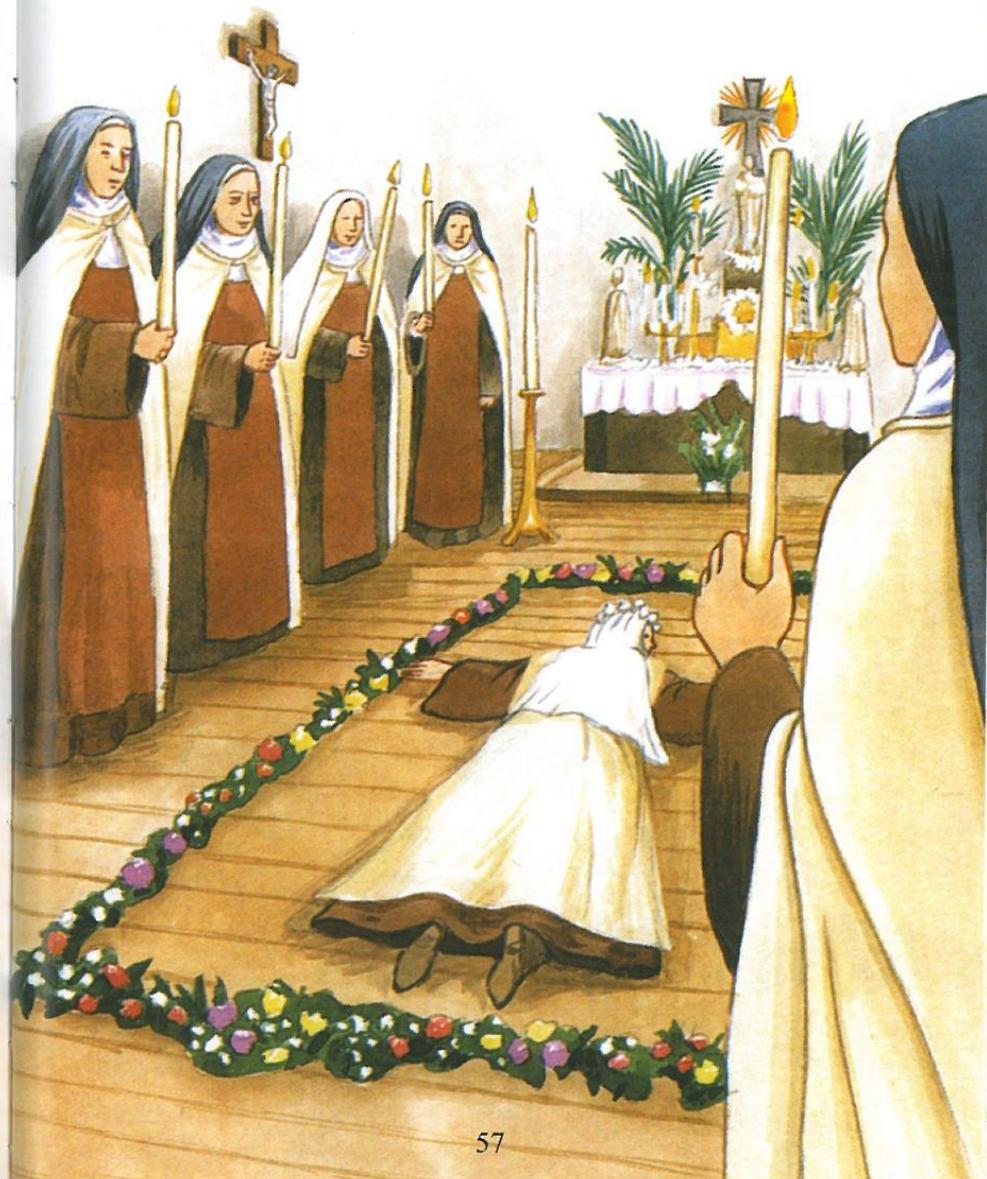


Teresa escribirá más tarde que aquel hermoso día no le faltó de nada, ni su papá, ni siquiera la nieve. ¡Qué precioso regalo de Jesús! ¿No es ella una florecita nacida en el invierno? Y confiesa: “Siempre había deseado que, el día de mi toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco, como yo”.

Un mes después de esa hermosa fiesta, el señor Martín debe ser ingresado en una “Casa de locos” como se decía en aquella época. La “Santa Faz”, que representa el rostro dolorido de Cristo, ayudará a Teresa a soportar ese sufrimiento. Por carta, consuela a sus dos hermanas, Leonia y Celina, que van frecuentemente a visitar a su pobre padre, humillado por esta enfermedad.



El 8 de septiembre de 1890, Teresa hace los votos. Y escribe una carta a Jesús, en la que le dice: “¡Oh Jesús, divino esposo mío!... Que nunca busque yo, y que nunca encuentre, ninguna cosa fuera de ti, y que tú lo seas todo para mí... Jesús, haz que yo salve muchas almas... Sólo quiero alegrarte y consolarte”.



Durante unos ejercicios espirituales que les predica un franciscano, Teresa se siente enormemente animada en sus intuiciones acerca de la misericordia infinita de Dios, que en aquel entonces no siempre era comprendida. Escribirá entre sus recuerdos: “Este sacerdote me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar”.



Para alegrar también a sus hermanas, Teresa pinta estampas piadosas y escribe poesías y obras de teatro para las fiestas de la comunidad. Y se convierte en directora de teatro y actora.

Cuando fallece el señor Martin en 1894, Celina queda libre para entrar también ella en el Carmelo y unirse allí a sus tres hermanas. Teresa la ayuda y le enseña a vivir la regla carmelitana. Sobre todo, la encamina hacia la confianza, enseñándole un «caminito de infancia espiritual», pues Jesús dijo: «El que sea pequeñito, que venga a mí». Dios es amor, sólo amor, cercano y tierno como una madre.



Pronto a Teresa comienza a dolerle la garganta, se ahoga fácilmente y tose mucho. La Madre Inés le manda a su joven hermana que escriba sus recuerdos de la niñez para compartir con ella el relato de las maravillas que Dios ha hecho en su vida. Teresa empezará diciendo: «Quiero cantar las misericordias de Dios...».

En la noche de Jueves Santo de 1896, Teresa siente que le sube a la boca un borbotón de sangre. Se da cuenta de que eso es el comienzo de una enfermedad pulmonar que está acabando con muchos jóvenes de su tiempo: la tuberculosis. Poco tiempo después, su alma entra en una prueba muy dura: se siente como si estuviese dentro de un túnel muy oscuro, rodeada de tinieblas y de dudas. Tendrá que redoblar las oraciones y los sacrificios para hacerle ver a Dios que, a pesar de todo, ella sigue creyendo en ese cielo que le parece estar completamente cerrado.



A pesar de esos sufrimientos, Teresa sigue poniendo toda su confianza en Dios. Y escribirá sobre sus deseos de agradarle siendo caritativa con todas sus compañeras, incluso con las más desagradables. Insiste en la urgente necesidad de rezar por los “pobres pecadores”, para que el perdón de Dios los lleve a reconocer su misericordia.

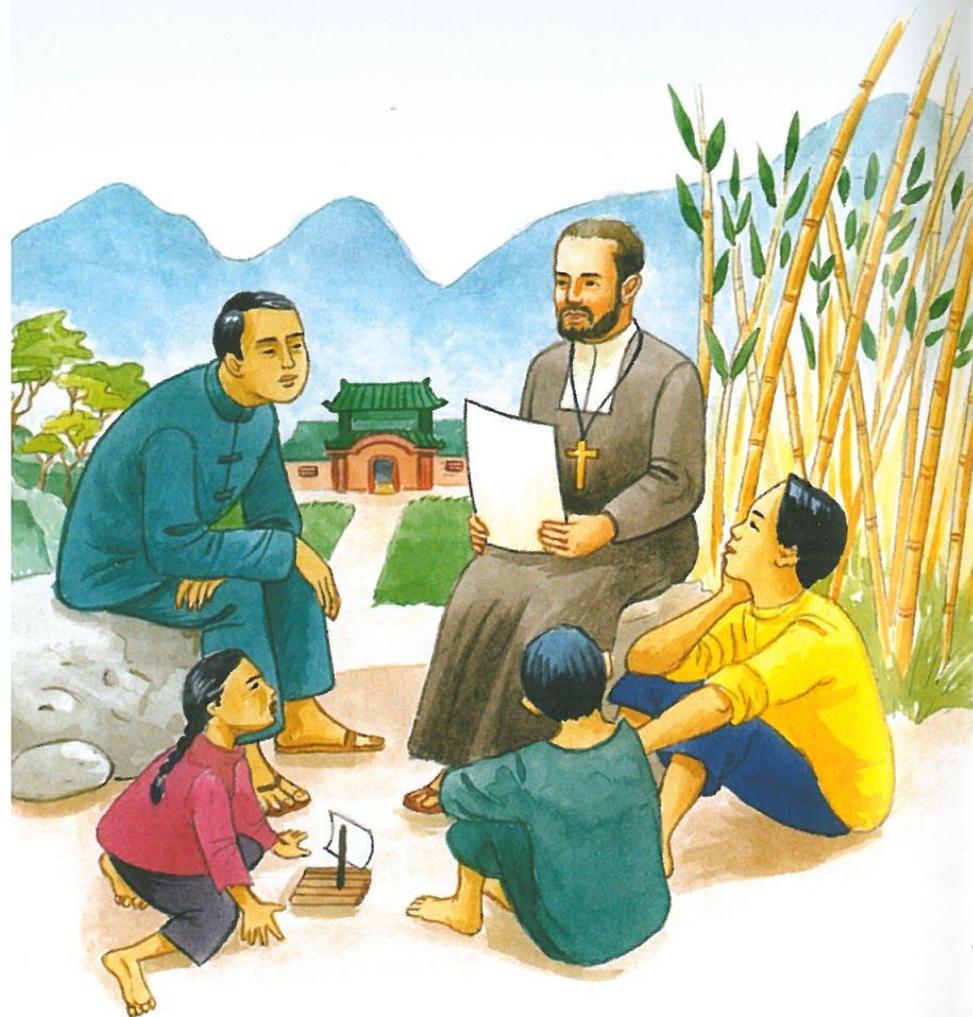
Esas dos pruebas, la física y la espiritual, durarán mas de un año. Su amor a Dios es tan grande, que quiere amarlo hasta la locura, y en septiembre de 1896 le escribe a Jesús la más bella carta de amor. Te copio algunos pasajes:



“Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Siento en mi interior otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas...

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor!”

Con su letra diminuta, Teresa ayuda también a dos sacerdotes misioneros, para que en sus lejanas misiones -uno en África y el otro en Asia- puedan caminar también ellos, gracias a sus cartas, por el caminito de la confianza en el infinito amor de Dios.



Pero Teresa se queda tan débil, que pronto tiene que dejar de escribir. En julio de 1897 la llevan a la enfermería del convento. A pesar de sus sufrimientos, conserva su temperamento agudo, su asombrosa alegría y su buen humor, tranquilizando a sus hermanas y bromeando con ellas.

Vislumbrando que su muerte está ya próxima, escribe: "No muero, entro en la vida".



Al atardecer del 30 de septiembre, Teresa respira con gran dificultad. Para sacar fuerzas, mira a la estatua de la Virgen de la Sonrisa. De pronto, estrechando tiernamente el crucifijo, exclama: “¡Lo amo...! ¡Dios mío..., te amo...!”. Durante unos instantes se queda en un éxtasis maravilloso que conmueve a las hermanas. Luego, lentamente, Teresa cierra los ojos para encontrarse al fin con Jesús, a quien tanto había amado.

Inmediatamente después de su muerte, se hace realidad su promesa de “hacer caer una lluvia de rosas”.

Son todas las gracias que pide al Señor para la humanidad: “Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra”, había dicho.

Ahora puedes entender por qué el papa Juan Pablo II ha proclamado a nuestra santa «Doctora de la Iglesia». De esa manera, la Iglesia confirma el influjo que ejerce en todo el mundo el genio de Teresa que tan asombrosamente vivió y anunció el amor misericordioso de Dios a todos los hombres. Guarda en tu corazón como un tesoro estas palabras que han dado ya la vuelta al mundo: “SOLO CUENTA EL AMOR”.



Oración

Teresita

*tú que amaste tanto a Jesús,
enséname a amarlo yo también.*

*Tú que buscaste sin cesar
agradar a Jesús,
ayúdame a agradarle yo también.*

*Tú que supiste sonreír a la vida,
haz que yo te imite y viva feliz
porque Dios me ama.*

Teresita

*cógeme de la mano
para que corra con la Virgen María
al encuentro de Jesús
que me hace señas.*

Amén.

Vocabulario

Audencia:

acto en que el Papa recibe a la gente.

Benjamín:

el hijo menor de una familia.

Celda:

habitación de la religiosa.

Clausura:

interior del convento reservado a la comunidad.

Conversión:

cambio.

Extasis:

contemplación.

Ideal:

modelo.

Inefable:

lo que no puede expresarse.

Locutorio:

sala en la que se reciben las visitas en un convento.

Tónico:

que fortifica.

Votos:

entrega a Dios de un religioso o de una religiosa.

